

CONFERENCIA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, ANDRÉS PASTRANA ARANGO, EN LA ACADEMIA DIPLOMÁTICA DEL PERÚ

Lima, 7 de mayo de 2001

Para mí es especialmente grata la oportunidad de exponer la situación actual de mi país a este selecto auditorio, donde están presentes los peruanos que analizan el devenir internacional de la región y de esta nación hermana.

Me siento particularmente honrado al venir a hablar hoy ante representantes de la academia del Perú en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos porque estamos, además, a pocos días de celebrar un evento de inmensa trascendencia, no sólo para el Perú sino para toda América Latina: los 450 años de este centro académico, Decano de América, fundado el 12 de mayo de 1551 por el dominico Fray Tomás de San Martín, en un acto que dio inicio a un camino de educación y cultura que se extendió por todo el continente.

Por su claustro histórico han pasado hombres de la talla de Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre, Manuel Vicente Villarán, Víctor Raúl Haya de la Torre y Mario Vargas Llosa, entre otros muchos que han dejado una huella en el ámbito cultural y político de América. Con este breve recuento de admiración quiero

rendir, en esta tarde limeña, un homenaje a la Universidad de San Marcos, al Perú y a su inmenso aporte intelectual a sus vecinos de América.

Con tan hondo y feliz antecedente hoy quiero tratar ante ustedes algunos temas que considero fundamentales para comprender la complejidad de la situación interna que vive mi país.

Una larga y compleja historia

Colombia, como las demás naciones del mundo contemporáneo, tiene una larga y compleja historia, llena de éxitos pero también de duras pruebas; con muchas cosas aún por hacer pero con sus propios valores, su propia cultura política y sus sólidas instituciones, forjadas en medio de obstáculos como quizás ningún otro país de Latinoamérica.

Hemos vivido largos períodos de paz durante los cuales sembramos las bases de nuestro desarrollo, pero a esos años han sobrevenido otros de confrontación violenta que han amenazado con destruirlas. Sin embargo, y pese a las enormes dificultades, los colombianos seguimos trabajando y

produciendo para un mejor futuro, con la confianza que nos da el conocimiento de un pasado que ha sido testigo más de una vez de la grandeza de nuestras gentes.

En mi país, por fortuna, la práctica de la democracia, las elecciones libres, el respeto a las libertades fundamentales, la promoción de los derechos humanos, incluyendo en éstos los derechos sociales y económicos, así como los llamados derechos de tercera generación, sigue siendo característica esencial de nuestro sistema político.

Esto lo traigo a cuento porque a veces se olvida que Colombia ha construido pacientemente una institucionalidad respetable, que ha resistido durante los últimos lustros el embate feroz de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo, que no se ha alejado de la democracia, que la legitimidad del gobierno es indiscutible, y que su clase dirigente ha logrado abrir a todos los sectores de la sociedad el esquema político, en un sistema multipartidista que cada vez incluye más opciones independientes y novedosas.

Colombia ha sido y sigue siendo un baluarte de democracia, estabilidad política y estabilidad económica en América Latina.

Violencia y Narcotráfico: dos fenómenos inseparables

Colombia atraviesa, ciertamente, circunstancias que nos están poniendo a prueba como nación, pero estamos seguros de que saldremos adelante con renovados bríos, como ya lo hemos hecho en el pasado.

En mi país vivimos un conflicto armado que nos sangra. No es una guerra civil, sino una guerra contra la sociedad civil en la que grupos de guerrilleros y de justicia privada, que no cuentan con respaldo popular y cuyos miembros no suman 40.000 personas, continúan levantados en armas, en el marco de un conflicto armado que ya lleva casi cuatro lustros. Pero, lo que es más grave: esos grupos subversivos o de justicia privada se financian en buena parte con dineros provenientes de los narcotraficantes, que son la otra plaga que ha incidido negativamente en el devenir colombiano.

Estos dos fenómenos, violencia y narcotráfico, que se alimentan y degradan entre sí como un círculo vicioso, son factores que generan mayor pobreza, desempleo e inseguridad a una gran parte de la población colombiana, que anhela

merecidamente trabajar en actividades lícitas para alcanzar progreso y paz .

Mi gobierno ha entendido la necesidad urgente de escapar de este círculo fatal con medidas audaces y procesos que involucren la voluntad de toda la nación, y desde hace más de dos años ha venido trabajando, de la mano de todos los colombianos y de la comunidad internacional, en solucionar estos graves problemas.

Con este fin diseñamos una estrategia integral que permita a nuestro país salir adelante y caminar con decisión hacia las promesas y los desafíos del siglo XXI. A esta estrategia la denominamos Plan Colombia. Muchos de sus críticos, en ocasiones sin conocerlo bien, han pretendido verlo como un plan militarista. Sin embargo, el Plan Colombia se centra particularmente en el fortalecimiento de las instituciones democráticas y en la búsqueda de un mayor desarrollo social para la población más vulnerable del país. Por fortuna, hoy en el Perú ya se está entendiendo la verdadera esencia de esta estrategia que es ante todo un plan de desarrollo y un plan de paz.

Con nuestros propios recursos y con el respaldo de la comunidad internacional hemos comenzado a implementar la más grande estrategia para fortalecer la democracia, para mejorar la participación ciudadana, para alcanzar la paz, para luchar efectivamente contra el narcotráfico, para modernizar y ampliar el acceso a la justicia, promover aún más la protección de los derechos humanos y realizar programas sociales que proporcionen progreso y bienestar que aseguren a la población más necesitada y más golpeada por la violencia y la miseria una vida más digna.

La Amenaza del Problema Mundial de las Drogas

El narcotráfico, sin duda, con los inmensos recursos económicos que genera, ha sido el principal catalizador de la violencia en el país; ha distribuido grandes sumas de dinero en diferentes sectores sociales, alimentando grandes círculos de corrupción; ha desplazado con cultivos ilícitos la tradicional geografía agrícola de nuestro país, así como impulsado la perversa colonización de nuevos territorios para su expansión. En esas zonas, y por la razón misma de ser una actividad ilícita, el narcotráfico se desenvuelve en medio de una

dramática violencia con altos costos sociales, que lo convierten en un generador de conflictos y de pobreza.

Colombia, sin embargo, pese a que no ha contado con los suficientes recursos para enfrentar tal amenaza, jamás ha claudicado ante ella. Por el contrario, sacrificando buena parte de sus mejores hombres y mujeres, y desviando importantes recursos que bien pudiesen haberse invertido en desarrollo social, el país ha asumido con entereza y valentía la parte que le corresponde frente a un delito que tiene una naturaleza claramente internacional.

Si seguimos en la lucha, no es porque nadie nos lo exija sino por una profunda convicción ética y porque sentimos que tenemos un compromiso no sólo con los colombianos sino con las nuevas generaciones de mundo entero.

Si alguna nación puede entendernos, porque lo ha sufrido en carne propia, es el Perú. El problema de las drogas ilícitas es un problema de todos. Por eso hemos acudido a la comunidad internacional para que, bajo el concepto de la responsabilidad compartida, nos ayude a erradicar este flagelo de la faz de la tierra. Los países productores, los países consumidores, los

que producen los precursores químicos para fabricar la droga, los de tránsito y aquellos donde se lavan los dineros provenientes del delito, todos tenemos que unirnos en un frente común que nos permita disminuir simultáneamente la oferta y la demanda de estos venenos. ¡Es por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos!

La amenaza de las drogas afecta también la seguridad ambiental del planeta y ha causado gran destrucción en el ecosistema colombiano, que contiene el 10% de la biodiversidad de la tierra y que se ve seriamente afectado por la deforestación producida por los cultivos de coca y amapola. Se calcula que en los últimos 10 años se han destruido, por causa de la droga, cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en Colombia. Es una cifra aterradora que nos mueve a todos a la acción.

Es importante hacer una claridad adicional: es mucho mayor el daño ambiental que producen los narcotraficantes al sembrar y producir la droga que el que pudiera derivarse de los procesos de fumigación que realiza el gobierno sobre los cultivos ilícitos extensos, donde se utilizan parámetros técnicos rigurosos para minimizar los efectos nocivos en la población y el medio

ambiente. En efecto, mientras en 1998 se emplearon 150.000 litros del herbicida glifosato para fumigar, el narcotráfico empleaba 163.000 toneladas de químicos para la siembra y el procesamiento de droga.

La Paz: un propósito esencial

Dentro de las estrategias encaminadas a recuperar nuestra viabilidad como nación está considero primordial adelantar un amplio proceso de paz con las organizaciones guerrilleras, para alcanzar la conciliación por la vía del diálogo y no por el penoso camino de las armas. He adquirido ese compromiso con mi patria y por ello personalmente he visitado en tres oportunidades a los líderes guerrilleros en sus campamentos en las montañas o en la zona de distensión y he asumido el liderazgo de un proceso que avanza con ritmo lento pero seguro.

Por tratarse de problemas alimentados en medio de una compleja trama de procesos históricos, no hemos prometido milagros sino trabajo serio y responsable, audacia para buscar salidas creativas, tenacidad para enfrentar las adversidades y valor para aplicar los correctivos, por dolorosos que ellos sean.

Superar este conflicto mediante la negociación y el diálogo es un reto que mi gobierno ha asumido en cumplimiento del mandato que le otorgaron millones de colombianos.

En Colombia, la inmensa mayoría queremos la paz y no la confrontación, y en ese propósito estoy comprometido, en una política que no es sólo del Gobierno sino que corresponde a una verdadera política de Estado, que reúne en torno suyo a las diversas fuerzas políticas y sociales de la nación.

Hoy puedo decir que, a pesar de los recientes tropiezos en el proceso, hemos avanzado en dos años lo que fue impensable durante décadas. Con las FARC, el grupo guerrillero más grande y antiguo del país, hemos iniciado un proceso de negociación, con una agenda y unos procedimientos definidos, en el cual han intervenido todos los estamentos de la nación. Las fuerzas vivas de Colombia, mediante un proceso de audiencias públicas, expusieron ante un Comité Temático integrado por miembros de las instituciones colombianas y de la guerrilla sus fórmulas para avanzar en materia de empleo y reactivación económica, con miras a su próxima discusión en la Mesa de Negociaciones. Más de 1.100 colombianos de todos los sectores y de todas las regiones del país presentaron sus

propuestas y más de 24.000 participaron en las audiencias públicas. Este proceso se difundió a todos los ciudadanos a través de los medios de comunicación.

Hace un año negociadores de las FARC y del Gobierno estuvieron visitando algunos países europeos con el ánimo de conocer la experiencia de diferentes modelos económicos, y de poder discutir algunos temas propios de la actual mundial. El imperativo moral de humanizar el conflicto mediante el respeto de las normas del Derecho Internacional Humanitario por parte de la guerrilla constituyó el principal enfoque de esas reuniones.

Más recientemente, en febrero de este año, en medio de un periodo de congelamiento del proceso por parte de las FARC, fui personalmente a encontrarme con el jefe de este grupo guerrillero y acordamos continuar el proceso, dotándolo de mayores garantías y de mayor acompañamiento internacional.

Contra nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a adelantar los diálogos en medio de la confrontación, pero esperamos hechos de paz de parte de los alzados en armas. Entretanto, seguiremos cumpliendo con el deber constitucional de

salvaguardar el orden y la tranquilidad de los ciudadanos, para lo cual estamos fortaleciendo la eficiencia de las Fuerzas Armadas en un marco de respeto a los Derechos Humanos.

Con el ELN, la segunda organización guerrillera del país, hemos avanzado también en el camino hacia la iniciación de un proceso de diálogo, que se pueda realizar en una Zona de Encuentro, con veeduría internacional y un término fijo. En esta fase del proceso hemos contado también con la presencia decidida y facilitadora de la comunidad internacional.

En cuanto a los llamados grupos de Autodefensa, que se han formado ilegalmente como una respuesta de violencia y venganza contra los ataques absurdos de la subversión, quiero dejar muy claro que el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas de la nación los perseguimos con todo el peso de la Ley, como se debe perseguir a unos criminales que siembran muerte y dolor por todo el país.

La cooperación internacional

Durante últimos meses ha existido una constante que marca el devenir histórico del proceso de paz en Colombia: el

acompañamiento firme y generoso de los países amigos y de los organismos internacionales, impulsando, todos a una, nuestras legítimas aspiraciones.

Canadá, Estados Unidos, Europa, Japón, países hermanos de América Latina y los principales organismos internacionales se han hecho presentes con conmovedora vocación de solidaridad, en el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia, que tuvo el año pasado una reunión preliminar en Londres, una reunión formal en Madrid y otra en Bogotá, y que se reunió en Bruselas en los últimos días de abril del presente año. Hoy debo destacar, expresando mi sincera gratitud, que el Perú se unió al Grupo con verdadera vocación de solidaridad andina y latinoamericana, en la reciente y exitosa reunión de Bruselas.

De este Grupo de Apoyo hemos obtenido importantes aportes para programas sociales de desarrollo alternativo, de derechos humanos, de asistencia humanitaria, de fortalecimiento institucional y de protección al medio ambiente

Colombia en el Consejo de Seguridad

Colombia ha regresado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por sexta ocasión, y estamos ejerciendo esta gran responsabilidad desde el pasado 1º. de enero, donde llevaremos el sentimiento y la vocería de la región latinoamericana.

Vamos a trabajar de la mano con los demás países miembros, en la certeza de que la inquebrantable vocación de paz que anima a mi Gobierno en el ámbito interno será la misma voluntad que guiará nuestra participación en ese importante órgano. Allí promoveremos de manera constante el diálogo, las soluciones negociadas, las salidas políticas y diplomáticas, como único camino para darle a la paz y la seguridad internacional bases verdaderamente estables y perdurables.

Continuaremos defendiendo e impulsando los principios del derecho internacional. Ellos constituyen pilares fundamentales de la convivencia pacífica y la solidaridad entre las naciones. Respetaremos, dentro de ese marco, la libre autodeterminación de los pueblos, la igualdad soberana de los Estados, su independencia política y su integridad territorial, la no injerencia en los asuntos internos y la cooperación internacional, como

postulados básicos y expresiones genuinas del mundo mejor que queremos para nuestros hijos.

Las realidades contemporáneas están signadas por grandes desafíos que sólo podremos enfrentar con eficacia si actuamos unidos, con un espíritu renovado de amistad y solidaridad. Queremos un futuro de paz en el Medio Oriente, de estabilidad en la región de los grandes lagos africanos y en otras regiones de ese continente, de tolerancia en los Balcanes y de convivencia en Asia, así como queremos también ver brillar de nuevo en nuestro país la luz de paz y reconciliación que anhelan mis compatriotas.

Tenemos una firme confianza en el papel que pueden jugar las Naciones Unidas para prevenir las confrontaciones; para controlar y evitar el tráfico de armas pequeñas y ligeras que tantas tragedias causan en nuestros pueblos; para promover la plena vigencia y observancia del Derecho Internacional Humanitario; para aliviar el sufrimiento de los grupos más vulnerables que resultan víctimas de los conflictos; para impulsar el desarrollo económico y social, la justicia y la democracia, como condiciones esenciales para el afianzamiento de la paz y la estabilidad internacional.

Colombia: un compromiso con la democracia

Al iniciar esta intervención afirmé que, por fortuna, la práctica de la democracia sigue siendo una constante en la vida de mi país. Colombia, sin duda, es una nación en pie por la democracia: un pueblo que no sólo ha vivido en democracia desde hace más de 181 años, sino que también está dispuesto a librar todas las batallas para defenderla, para consolidarla y para fortalecerla en nuestro país y en todo el mundo.

Colombia, enfrentada a los vientos destructores de la violencia insensata y de las drogas ilícitas, se ha mantenido apegada a las soluciones de derecho. Y nuestra fuerza es la fe inmovible en los principios de la libertad y de la democracia.

Hemos sufrido mucho. Hemos sentido en carne propia los estragos de la violencia, pero nuestra democracia no se doblega. Está viva. Está lista para fortalecerse y para hacerse cada vez más transparente. Está construyendo nuevos conceptos de integridad pública y privada.

Que no quepa duda. Si la democracia colombiana fuera débil, ya habría desaparecido. Nuestra fuerza está en ella, mediante la participación libre y decidida de nuestra gente en las decisiones políticas y en nuestras instituciones republicanas.

Colombia merece y aspira a la comprensión y el respaldo de la comunidad internacional, para salir de la pesadilla del narcotráfico y la violencia, y brindar a sus gentes oportunidades de gozar una vida digna y sin sobresaltos, una vida corresponda a las inmensas potencialidades y riquezas naturales y humanas de nuestro pueblo.

Todo lo que queremos en Colombia, como bien dice Gabriel García Márquez, es una segunda oportunidad sobre la tierra. Este es el momento de la verdad y tengo la certeza de que, con el apoyo solidario de la comunidad mundial, vamos a lograrlo.

Muchas gracias